

CRECIMIENTO ECONÓMICO, HISTORIA Y MEDIO AMBIENTE EN EL LEVANTE ALMERIENSE

ANDRÉS SÁNCHEZ PICÓN

Profesor de Historia Económica. Universidad de Almería

La dotación de recursos naturales de un territorio determina en gran medida sus posibilidades de desarrollo económico. Sin embargo, la disponibilidad de recursos no está determinada exclusivamente por las condiciones naturales, ni tampoco está caracterizada por su intemporalidad. Antes al contrario, evoluciona históricamente ya que las innovaciones tecnológicas o la evolución de la demanda pueden ser capaces de activar y poner a disposición de una comunidad humana factores de producción antes ignorados. La comarca del levante almeriense presenta a lo largo de su historia ejemplos notorios

de lo que acabo de insinuar: parajes despoblados y aparentemente carentes de recursos que en una coyuntura histórica determinada se han puesto en valor hasta el punto de desencadenar destacados procesos de crecimiento económico. Así, por ejemplo, la demanda europea de minerales y metales durante la industrialización del siglo XIX convertiría a las tierras de nuestro contorno en destacados centros mineros. Por otro lado, y como muestra de la activación de un recurso por la tecnología, podríamos citar el acceso que la motorización —eléctrica, sobre todo— ha permitido a los acuíferos de nuestro subsuelo a partir de los años



Plumilla de Eduardo Sánchez.

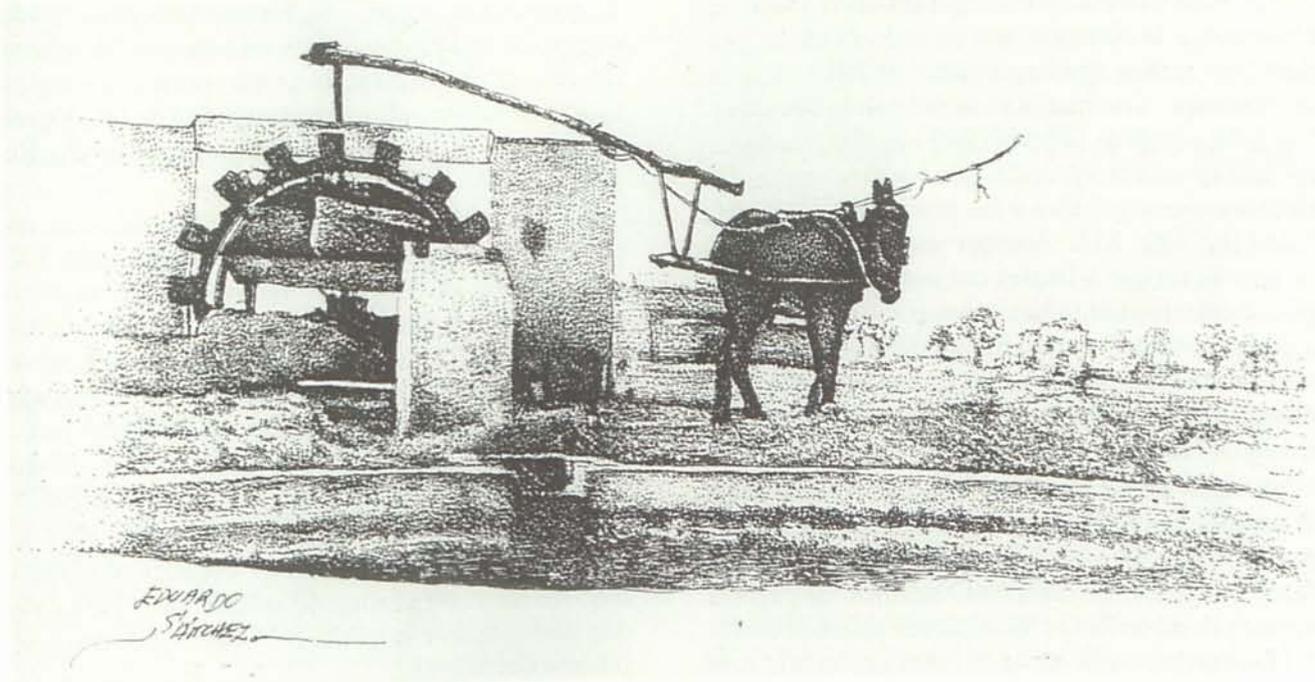
1960-70, posibilitando de este modo la intensificación de los regadíos o la aparición de otros nuevos en terrenos anteriormente improductivos.

Con una cierta perspectiva histórica podemos vislumbrar cuáles han sido los sucesivos ciclos de aprovechamiento de los recursos naturales que se han dado en nuestra comarca y qué consecuencias sociales, económicas y ambientales han producido en cada una de sus etapas de desarrollo. Me voy a situar en el horizonte cronológico del último medio milenio para, a partir de un hecho histórico tan destacado como fue la conquista castellana de 1488, realizar un provisional bosquejo de lo que ha sido el aprovechamiento de los recursos de este territorio de cinco siglos a esta parte. Ni que decir tiene que las líneas que siguen adolecen de una marcada provisionalidad y generalidad. No sólo porque el ámbito donde se publican —tras la deferente invitación de los responsables de "Axarquía"— desaconseja abordar estos asuntos con mayor espacio y abundamiento, sino también porque la investigación realizada hasta la fecha por los especialistas, a pesar de grandes avances, tiene todavía ante sí un vasto panorama a escurrir, por lo que muchos de los temas de nuestro pasado histórico y económico están aguardando todavía la cumplimentación de estudios específicos.

La primera idea en la que quiero incidir es la de la *tardía y lenta ocupación humana* de nuestra comarca a partir de los efectos desencadenados por la conquista castellana de 1488 y, sobre todo, la expulsión de la población morisca en 1571. A pesar de los intentos de la Corona, la repoblación cristiana tras la salida de los moriscos no cosecharía grandes éxitos. La situación de inseguridad de una costa como la del levante almeriense, separada por menos de 200 km. de las playas norteafricanas de Berbería, desde donde a menudo se organizaban expediciones para saquear los territorios cristianos y apresar cautivos entre sus pobladores, así como los problemas derivados de la inadaptación de los recién llegados a un medio agreste y árido y a los sistemas de explotación de tradición musulmana (agricultura de regadío concentrada en pequeños valles o manantiales de montaña), diferentes a los de sus lugares de origen, han sido algunos de los argumentos esgrimidos para explicar el semifracaso repoblador. Lo cierto es que durante los siglos XVII y buena parte del siglo XVIII, la zona fue un mundo casi vacío, un desierto humano, en el que apenas se contaban 10.000 habitantes en una extensión de más de 1.000 kilómetros cuadrados, desde Carboneras hasta el límite con el reino de Murcia, y por el

interior hasta Bédar y Lubrín. Tratándose de una comarca surcada por cuatro cursos fluviales, desde el río Almanzora —el más importante de la provincia de Almería— hasta los ríos Antas, Aguas o Carboneras, que, aunque con un régimen hídrico de una aridez mediterránea, seguramente contarían con unos caudales superiores a los actuales, sorprende una densidad de población tan baja (inferior a los 10 habitantes por km²) que, además, esconde el hecho de que la práctica totalidad de los pobladores se encontraba lejos de la costa, en recintos fortificados o amurallados, mientras que las Marinas de Pulpí, Vera, Cuevas o Mojácar se mantenían deshabitadas y bajo la vigilancia de las torres vigía o atalayas cuyos restos todavía pueden observarse en distintos parajes de nuestra costa.

El estigma fronterizo no se empezaría a borrar hasta bien entrado el siglo XVIII. Los signos de reactivación en la centuria del setecientos son notorios en la expansión de los regadíos en las vegas del Almanzora de Cuevas y Huércal Overa, en los Reales de Antas y Vera o en las nuevas roturaciones de tierras en Sierra Cabrera. Además, en el litoral la explotación de la barrilla —planta salina que se exportaba hacia Inglaterra como materia prima para la obtención de sosa— y la reaparición de la actividad pesquera, ante el ejemplo exitoso de las flotas catalana y valenciana que desde 1720 acudían a nuestros caladeros, originaría una modesta repoblación de los parajes costeros de Jaravía o la Marina de Vera, donde en torno a la atalaya de La Garrucha va aglutinandose una aldea de pescadores. En la Sierra de Cabrera, a las nuevas tierras puestas en cultivo en algunos remotos parajes, se une la progresiva intensificación del aprovechamiento energético de su densa cobertura vegetal. En efecto, para abastecer al Arsenal de Cartagena o para el suministro de las plazas españolas en Orán, numerosas cuadrillas de recolectores se afanarían en distintos parajes de la Sierra en la fabricación de carbón vegetal. El tráfico generado por esta mercancía explica la revitalización de otro paraje costero como el que rodeaba a la fortaleza de San Andrés de Carboneras. De todos modos, la recuperación demográfica se había realizado con lentitud y hacia 1750 los efectivos humanos de la comarca se situaban todavía por debajo de los 17.000 habitantes. En estas circunstancias de baja presión humana, el medio ambiente y los recursos naturales serían aprovechados de una manera muy extensiva. Dentro de la comarca abundaban las zonas de pastos y los baldíos (terrenos sin cultivar) adonde acudía una ganadería trashumante procedente de otras regiones de los reinos de Granada y Murcia, mien-



Plumilla de Eduardo Sánchez.

tras que las superficies roturadas de los habitantes obtenían unas irregulares cosechas de cereales, se circunscribían a los parajes más inmediatos de los núcleos habitados.

Durante el siglo XIX la trayectoria histórica de la comarca sufre una intensa aceleración. El cuadro que ilustra estas líneas, donde se recoge la evolución de la población comarcal desde mediados del siglo XVIII hasta hoy, y en el que se destaca la marcha específica de algunos municipios, nos va a servir desde ahora como hilo conductor de nuestra reflexión. En el mismo se aprecia cómo durante el siglo XIX se produce un espectacular crecimiento de la población que culmina hacia 1910 en una cifra superior a los 70.000 habitantes, o lo que es lo mismo, casi un 80% más de habitantes de los que ahora mismo pueblan el territorio. Los avances fueron realmente extraordinarios en municipios como Cuevas, donde "oficialmente", casi se alcanzan los treinta mil, o Garrucha, una aldea de pescadores que se había segregado de Vera en 1.860. Con una densidad de 72 habitantes por km², nunca había estado tan poblada la comarca como en aquellos años anteriores a la Primera Guerra Mundial. El secreto de tan impresionante recuperación se encontraba en el renacimiento de la actividad minera que se inicia en 1.839 con el descubrimiento de una riquísima veta de plomo argentífero en el barranco Jaroso de Sierra Almagrera (término de Cuevas). La ex-

tracción del mineral y su fundición en fábricas metalúrgicas que, ubicadas en Garrucha, Palomares o la costa de Almagrera, obtenían las barras de metal argentífero para su exportación hacia Francia o Inglaterra, ocasionó una actividad económica y mercantil que atrajo a una importante población foránea y que tuvo efectos positivos para la agricultura de la comarca, estimulada, de un lado por el aumento de la demanda de una población en aumento, y, de otro, por la recepción de las inversiones de los propietarios de minas enriquecidos en los buenos tiempos de 1840-1860 y que se convirtieron en acaudalados terratenientes. A partir de 1890, por otro lado, la demanda británica de mineral de hierro estimularía la extracción del mismo en nuevos parajes como la Sierra de Bédar, conectados con la costa mediante ferrocarriles mineros.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL LEVANTE ALMERIENSE (AÑOS 1.752-1.991)

	1752	1857	1910	1930	1960	1991
Mojácar	1.804	4.864	5.144	5.411	2.335	3.539
Carboneras	517	2.539	4.568	3.732	3.090	5.703
Garrucha	—	—	5.899	4.325	2.781	4.382
Vera	5.797	11.196	8.638	5.207	4.992	5.823
Cuevas	5.395	15.031	26.130	14.153	9.377	9.167
Total comarca*	16.924	48.520	72.810	49.119	39.442	40.995

* Incluye al resto de los municipios del partido judicial de Vera.

La crisis minera, por el agotamiento de los yacimientos y la competencia de nuevas zonas productoras, que se agudiza a partir de 1914, dejaría, sin embargo, una huella indeleble en la demografía de la comarca. Entre 1910 y 1960 se vive el apogeo de una emigración que hace disminuir los efectivos demográficos a los niveles de la primera mitad del siglo XIX. Aunque esta sangría humana, que se dirigió a finales del siglo XIX hacia Argelia, posteriormente hacia América Latina, y tras la guerra civil a Francia, Suiza, Alemania o Cataluña, se ha detenido a partir de los años setenta, todavía hoy no se alcanzan las cifras que se anotaban hacia 1850.

El "siglo minero" en nuestra comarca ha tenido además unos efectos perdurables sobre el medio ambiente. Pero a diferencia de la minería en Sierra de Gádor, en donde el consumo de carbón vegetal por parte de las fundiciones aparece como el principal causante de la deforestación que hoy le caracteriza, en el levante almeriense sería un efecto indirecto, la expansión agrícola auspiciada por el fuerte crecimiento demográfico, el principal responsable del retroceso de las especies forestales de monte alto y bajo y el impulsor de una gran intensificación de los aprovechamientos hidráulicos superficiales. En efecto, nunca como en el período 1850-1910 ha estado tan poblada la comarca; y sus 70.000 habitantes, distribuidos entre los núcleos cabecera de cada municipio y las docenas de cortijadas que proliferaban por el interior, tenían que obtener sus recursos alimenticios y energéticos del medio circundante. De ahí que los cultivos de cereales conquistan cañadas y laderas hasta lugares inverosímiles. De la necesidad de incrementar los rendimientos agrícolas también se derivó una gran ampliación de los terrenos irrigados, con la apertura de cimbras, fuentes, la construcción de boqueras susceptibles de proporcionar algunos riegos eventuales y la prospección mediante galerías de algunos de los

acuíferos más accesibles. La intensificación en la explotación de los recursos mineros e hidráulicos concluiría en una aguda crisis social y ecológica que se manifestaría en la intensidad de la emigración que azotó la comarca desde finales del siglo XIX.

El inicio de la recuperación ha tenido que esperar a los años sesenta y setenta del siglo XX, cuando la onda larga de crecimiento económico en Europa y España ha permitido activar nuevos recursos en el levante almeriense. Una agricultura comercial e intensiva que girando en torno a la oferta de hortalizas se encontró, no obstante, pronto bloqueada por la pobreza de nuestros recursos hídricos, por un lado. Una oferta turística, por otro, tardía en el contexto del mediterráneo español, lo que ha permitido, hasta ahora, evitar la reproducción de las condiciones de saturación y baja calidad ambiental de la que se ha desarrollado en otros puntos del litoral.

Actualmente, el levante almeriense, con unos valores medioambientales excepcionales y unas buenas rentas de localización mejoradas por el avance en infraestructuras —la autovía o el pantano del Almanzora—, cuenta con favorables condiciones para un desarrollo económico sostenido en el que primen los objetivos cualitativos sobre los cuantitativos. No se trata de crecer más, sino de crecer mejor para, en todo caso, alcanzar mayores cotas de bienestar social. Hace falta una buena gestión pública de esos recursos, particularmente por parte de los ayuntamientos, desde donde, lejos de tentaciones demagógicas o populistas, se apoye una oferta inteligente y no especulativa de los mismos, se estimule la superación de algunos graves déficit en materia sociocultural y sanitaria, y se favorezca la asunción colectiva de un modelo de crecimiento económico y de progreso que sea compatible con la preservación de lo que es nuestro mayor capital: un entorno natural todavía incomparable.

